

## HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ

Es un honor presidir esta entrañable celebración de la solemnidad de San José, en este venerado santuario de San José de la Montaña de Barcelona. Más aún en este año josefino con motivo del 150 aniversario de su patronazgo de sobre la Iglesia católica.

Todos sabemos que el papa Francisco ha convocado este año a través de la carta apostólica *Patris corde* -Con corazón de padre-. Querría ponderar, en estas palabras de comentario a los textos litúrgicos de hoy, dos virtudes de san José, bajo esta mirada: “Con corazón de padre”.

Tomo esta opción, no solo porque es la mirada que nos propone el Santo Padre sobre san José, sino porque hoy más que nunca nuestra sociedad necesita hombres como él –*con corazón de padre*–. Nuestra sociedad, como siempre y más que nunca, necesita: padres de familia que amen a sus hijos *con corazón de padre*; pastores que sirvan a los fieles *con corazón de padre*; maestros y profesores que eduquen a sus alumnos *con corazón de padre*; empresarios que dirijan y emprendan *con corazón de padre*; trabajadores que desarrollen su labor *con corazón de padre*; políticos que sirvan la *res publica con corazón de padre*...

San José, padre legal de Jesús, hombre tierno, obediente, acogedor, valiente, trabajador y discreto, se presenta de nuevo a la iglesia y al mundo como maestro e intercesor para todos los hombres. Hartos del superhombre duro, autosuficiente, egocéntrico, competitivo y prepotente que forjó el siglo pasado y que ofrece sus despojos en los primeros pasos del presente; hartos de la destrucción afectiva, familiar, social, económica, política y ecológica provocada por este modelo; necesitamos aprender a ser padres, a ser hombres con corazón de padre. San José nos puede enseñar y ayudar.

\*\*\*

La palabra de Dios en esta solemnidad desborda paternidad. Dios promete a David, a través de Natán, que será padre de un heredero extraordinario. Será padre del hijo de Dios. El apóstol nos presenta a Abrahán como padre de un linaje inmenso: por la fe serán incontables sus hijos. Pero es en el evangelio donde todos estos tipos hallan su realización en san José. Este es el instrumento de Dios para que su hijo unigénito, engendrado por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de María, tenga un padre en la tierra que lo ame con un corazón tierno, con un corazón de padre. Él es también el padre de la Iglesia, cuerpo de Cristo, multitud de los hijos en el Hijo.

Hoy la liturgia propone elegir entre los evangelios del primer sueño de José o la pérdida y el reencuentro del niño Jesús en el templo. Estos dos episodios engloban los datos evangélicos sobre este hombre bueno que cooperó al designio redentor de Dios, siendo padre del Salvador en la humildad extraordinaria de la ordinariadad.

Es maravillosa la síntesis que el inicio de la carta del Santo Padre hace de los datos bíblicos sobre san José. Uno no se cansa ni de leerlo ni de escucharlo. Permitidme daros una nueva oportunidad:

“Sabemos que fue un humilde carpintero (cf. Mt 13,55), desposado con María (cf. Mt 1,18; Lc 1,27); un «hombre justo» (Mt 1,19), siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley (cf. Lc 2,22.27.39) y a través de los cuatro sueños que tuvo (cf. Mt 1,20; 2,13.19.22). [...] vio nacer al Mesías en un pesebre [...]. Fue testigo de la adoración de los pastores (cf. Lc 2,8-20) y de los Magos (cf. Mt 2,1-12) [...]. Tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús, a quien dio el nombre que le reveló el ángel [...] (Mt 1,21). [...] En el templo, cuarenta días después del nacimiento, [...], junto a la madre, presentó el Niño al Señor y escuchó sorprendido la profecía que Simeón pronunció sobre Jesús y María (cf. Lc 2,22-35). Para proteger a Jesús de Herodes, permaneció en Egipto como extranjero (cf. Mt 2,13-18). De regreso en su tierra, vivió de manera oculta en el pequeño y desconocido pueblo de Nazaret, en Galilea [...]. Cuando, durante una peregrinación a Jerusalén, perdieron a Jesús, que tenía doce años, él y María lo buscaron angustiados y lo encontraron en el templo mientras discutía con los doctores de la ley (cf. Lc 2,41-50)”.

Puesto que las dos primeras lecturas subrayan la paternidad de David y de Abrahán y el evangelio muestra la bondad y la obediencia de san José, gustoso os propongo aprender y pedir al santo patriarca de la Iglesia su ternura y su obediencia, pensando, al mismo tiempo, en la necesidad urgente que en la sociedad y en las familias los padres aprendan a ser tiernos y obedientes.

Lo hago, como no puede ser de otro modo este año, de la mano del Santo Padre. Lo hago, al mismo tiempo, deseando que meditéis el resto de actitudes josefinas que presenta la *Patris corde*.

\*\*\*

“Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (Sal 103,13). En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura [11], que es bueno para todos y «su ternura alcanza a todas las criaturas» (Sal 145,9)”. Así empieza el apartado de la carta del Papa sobre la ternura de san José.

Muchos han considerado que la ternura es una virtud exclusivamente femenina y hasta han hipotetizado que Dios es también madre porque es tierno. Desde los papás hasta los políticos, pasando por todo el arco de tareas que muchos hombres desarrollan en la sociedad, nos hemos creído que nuestro rol nada tenía que ver con la ternura, puesto que esta era una actitud débil. Hasta hemos fundado erróneamente nuestra aversión a esta actitud pensando que “Dios se basa solo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad”. Y la realidad es que la ternura para con nuestras debilidades y para con las de los demás nos salva. Si hemos gozado de un padre, de un director espiritual, de un maestro capaz de mirar nuestra debilidad con ternura y de ayudarnos a ver en ella la oportunidad para confiar en Dios, tenemos en nuestra alma un salvoconducto para afrontar todas las dificultades de la vida.

¡Cuántas vidas destrozadas a causa de tantos hombres incapaces de mirarse desde la ternura de Dios y, por lo tanto, exigentes, críticos, tóxicos e infelices!

La ternura es el amor ante lo frágil. La ternura le permite al padre liberar de inseguridades al hijo. La ternura hace del maestro un creador de oportunidades para que el alumno aprenda. La ternura, en el empresario, genera una dinámica de humanización del trabajo. La ternura es, en el obrero, semilla de cooperación y antídoto contra la lucha competitiva. La ternura, al político, le protege de las encuestas y le permite servir y no servirse.

La ternura es la obra artesana de un Dios que actúa en los corazones y en los acontecimientos “incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad”. Quien cede el control, quien confía en Dios, genera hijos sanos y maduros y no analfabetos o castrados emocionales.

En la escuela de José podemos aprender a ser tiernos con corazón de Padre. Arriesguémonos a dejar que Dios trate con ternura nuestra propia fragilidad, permitamos mostrar a nuestros hermanos nuestra propia

vulnerabilidad y nos quedaremos maravillados del corazón de padre que Dios es capaz de trasplantar en nuestro interior.

Si nos falta determinación, si tenemos miedo de perder nuestra máscara de hombres fuertes y solventes, si tememos no saber cómo obrar en este nuevo paradigma, pidamos a san José que nos dé la audacia de pedir un corazón de Padre, tierno para con nuestra debilidad y para con la de los demás.

\*\*\*

“Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños”. El papa nos resume los 4 sueños ante los que José siempre tuvo la misma actitud de obediencia. Así nos habla en relación con el que presenta el evangelio de hoy: “José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente» [14], pero decidió «romper su compromiso en secreto» (Mt 1,19). En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,20-21). Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (Mt 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.”

La obediencia a los mandados divinos revelados extraordinariamente se añadía a la obediencia manifestada a la ley de Israel y hasta a la imposición romana del censo que procuró que el Salvador naciese donde predijo el profeta. “En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su ‘fiat’”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní. Y así, “José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios (cf. Ex 20,12)”.

Nuestra cultura nos empuja a hacer lo que nos da la gana. Obedecer no está de moda. Ser sumiso ha pasado a ser un defecto. Y en parte nosotros mismos hemos provocado este deslizamiento de la verdad y la obediencia hacia el relativismo y la insumisión. Si el padre no ama, si el profesor no es ecuánime, si el pastor diezma el rebaño, si el empresario oprime, si el trabajador no cumple, si el político se enriquece a costa de lo público y todos pretenden ser obedecidos, ¿quién les obedecerá? ¿Quién será sumiso a sus directrices? Ante padres y dirigentes inmorales, ¿cómo no nos deslizaremos hacia el relativismo y la desobediencia?

Pero triste es el resultado de este proceso. Nos hemos vuelto esclavos del déspota que habita en nuestras pasiones. Ni los que nos dirigían nos acompañaban hacia la verdad, menos nuestro libre albedrío nos encamina hacia ella.

¡Qué diferente cuando el padre, el pastor, el maestro, el empresario, el trabajador y el político obran con corazón de padre! ¡Qué diferente cuando todos buscan la verdad y el bien de sus hijos, fieles, discípulos, trabajadores y ciudadanos! ¡Cómo no fiarnos de quién, con corazón de padre, busca nuestro bien y tiene el encargo de ayudarnos a ello! ¡Cómo no obedecer si quien dirige lo hace con justicia y bondad! ¡Cuánto más si es obediente a la vocación recibida de Dios, a la misión que Dios le ha confiado!

San José nos enseña una virtud abandonada y vilipendiada: la virtud de la obediencia a Dios, a la vocación recibida y acogida. En esto, y hoy más que nunca, necesitamos su ayuda, puesto que nos toca como generación servir sin haber sido verdaderamente servidos, amar sin haber sido verdaderamente amados.

Permitidme aquí una palabra para los jóvenes de San José. Vosotros sois de esta generación insumisa que por un lado no comprende el valor de la obediencia –no puede– y por otro, sufre especialmente las consecuencias de una autonomía desorientada y destructiva. Vosotros y vuestra generación, más que otra, tenéis que aprender de san José y sobre todo tenéis que pedirle, a él, poderoso intercesor, la virtud de la obediencia.

\* \* \*

Si el objetivo de la *Patris corde* “es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución”, haremos bien, en este día de San José y en este año dedicado a él, de ponderar las enseñanzas de vida que nos ofrece nuestro patrón y en suplicárselas con devoción.

Con el papa Francisco, acabo: “Los santos ayudan a todos los fieles «a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» [28]. Su vida es una prueba concreta de que es posible vivir el Evangelio. [...] No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión”. A él dirijamos nuestra oración:

Salve, custodio del Redentor  
y esposo de la Virgen María.  
A ti Dios confió a su Hijo,

en ti María depositó su confianza,  
contigo Cristo se forjó como hombre.

Oh, bienaventurado José,  
muéstrate padre también a nosotros  
y guíanos en el camino de la vida.  
Concédenos gracia, misericordia y valentía,  
y defiéndenos de todo mal. Amén.

19 de marzo de 2021  
Real Santuario de San José de la Montaña